

GONZALO DE OYÓN

INTRODUCCIÓN

Siendo muy joven concibió JULIO ARBOLEDA la idea de componer un poema ó leyenda sobre algún argumento sacado de la Conquista y colonización de América por los españoles; y registrando nuestras crónicas, fijóse en el episodio histórico de Álvaro de Oyón, que sobre ser de carácter americano y nacional, tenía para el novel poeta el encanto de estar conexionado con recuerdos y tradiciones de su ciudad nativa la « insigne Popayán. »

Juan de Castellanos, el más antiguo y puntual de nuestros cronistas, en su Elegía á Belalcázar (1) describe así al personaje que da materia al canto de ARBOLEDA.

Y un Álvaro de Oyón, de quien la historia
Que hago, tratará prolijo rato,
Haciendo de sus cosas la memoria
Que los antiguos hacen de Erostrato :
Vaso de necedad y vanagloria,
Arrojadizo, (2) torpe, mentecato ;
Mas del vulgo tenido comunmente,
Siendo hombre temerario, por valiente.

Según Castellanos, era Álvaro natural de Huelva y nieto del comunero Oyón. Envuelto en la rebelión de Gonzalo Pizarro, y con él vencido, vino desterrado á Popayán.

(1) Elegías de Varones ilustres de Indias, pte. iii. En la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra, tomo iv, 1850. Es de notar que Arboleda no pudo tomar noticias en aquel candoroso cronista contemporáneo de Oyón, pues cuando nuestro poeta escribió el « Gonzalo, » aun permanecía inédita y desconocida la parte iii de las Elegías.

(2) ¿ Antojadizo ?

Empleado en varias comisiones, después que se hubo trocado en confianza el recelo con que los gobernantes le miraron al principio, pasó con una de ellas á Bogotá, donde le vió y oyó Castellanos :

Hombre más que mediano, bien fornido,
Y no de entendimiento delicado,
Pues aunque fijoalga conocido,
Bronco me pareció y avillanado.
Andaba del demonio revestido,
El rostro torvo, melancolizado...

Ya por entonces meditaba y revolvía el taimado y rencoroso don Álvaro el proyecto que había de poner por obra, encaminado á enseñorearse de la Gobernación de Popayán, y marchando sobre Quito, extender su dominación, si posible le fuese, hasta Lima. Proveyóse de armas, y de callada salió de Santa Fe (Bogotá) con algunos compañeros. De asalto ocupó á Neiva, Timaná y otras poblaciones, mostrándose sanguinario y apellidándose « Príncipe de Libertad » (según textuales palabras de nuestro citado cronista), y avanzó hasta amagar á Popayán.

Corría el año 1552, y Briceño, sucesor de Belalcázar, se hallaba á la sazón ausente de la ciudad. Tomaron á su cargo la defensa de la plaza el capitán Diego Delgado y el obispo electo don Juan de Ovalle, de quien hace Castellanos particular elogio :

Armóse de las hojas del acero
Y ansimismo con él todo su clero.

Los facciosos, en número de setenta y cinco, intentaron una noche tomar de asalto la ciudad, presumiendo desapercibidos á los moradores, que ciertamente no lo estaban. Iguales en la audacia, no lo eran entre sí aquellos desalmados en las armas que vestían :

Ótros desde los pies á la garganta
Cubiertos de la malla jacerina ;

Y á todos se aventaja y adelanta
Aquel que para mal los encamina :
Guarnido de una dura cuera de anta,
Encima puesta de la cota fina ;
En las manos aguda partesana,
Celada fuerte en la cabeza vana.

Antonio de Guevara sale con algunos jinetes al encuentro de Oyón, y rechazado en la oscuridad de la noche, vuelve á encerrarse en las casas donde se habían hecho fuertes los popayanenses. Oyón penetra en la ciudad, escala una de aquellas casas, trábese reñido combate, y al fin los agresores desconcertados sucumben al mayor número. Unos quedan sin vida, ríndense los demás, pidiendo por única merced que no los dejen morir sin confesión. Concédeseles lo que ruegan, mas el castigo es riguroso :

Al Oyón y otros tres hicieron cuartos
Como culpados más en los excesos ;
Cuelgan catorce de ásperos espartos
Sin gastarse papel en los procesos ;
Manos y pies también cortaron hartos
De los que constó ser menos aviesos ;
Y los otros, á penas más ligeras,
Azotes ó prisiones, y á galeras.

Antes que al Álvaro de Oyón se diera
Aquel castigo, de su culpa dino,
Demandó de comer, como si fuera
De menos pesadumbre su camino ;
Y así comió y bebió la vez postrera
Siempre con un esfuerzo peregrino,
Que por ventura fué más de valiente
Que de bien preparado penitente.

Murieron Oyón y sus compañeros ; pero el fuego de la rebelión quedó vivo, aunque oculto bajo las cenizas del desastre. Ello es que tres años adelante otros desterrados del Perú que habían tomado parte en el alzamiento de Francisco Hernández Girón, en el Cuzco, mal escarmentados con el remate de

Oyón, tornaron á rebelarse en el mismo teatro, y fracasando la tentativa, llevaron castigos no menos atroces que los de sus predecesores. También procedía del Perú el vizcaíno Lope de Aguirre, el cual, amaestrado en las alteraciones de aquel reino, se sublevó en Venezuela en 1661, y señaló con sangre su breve y ominosa carrera hasta sucumbir miserablemente y abandonado de los suyos en Barquisimeto. Todos estos movimientos fueron como retoños de las ruidosas sublevaciones peruanas, y los cabecillas, según documentos antiguos y afirmación contexte de nuestros cronistas, llevaban puesta la mira en revolver sobre el Sur y adueñarse de las ricas regiones del Pacífico. (1)

Tales son los hechos en que fundó Arboleda su leyenda ó poema, siguiendo unas veces pie con pie la historia, como cuando consigna el origen de Álvaro, diseña á grandes rasgos su carácter y pondera la audacia de sus pensamientos :

Don Álvaro de Huelva, belicoso
Hijo de España y su enemigo crudo;
Don Álvaro, rebelde y orgulloso,
Nieto de Oyón, el comunero rudo;
Don Álvaro, enemigo del reposo,
En cuyo pecho empedernido, mudo
Arde perenne de ambición la tea,
Y en la sangre y la muerte se recrea. (2)

(1) Aguirre y sus compañeros juraron primero « Rey del Perú » al sevillano don Fernando de Guzmán; después le sacrificaron, y alzándose Aguirre con el mando, « pensaba destruir la costa de tierra-firme hasta llegar al Perú, » según expresa Pedro de Munguía, que al principio estuvo militando á órdenes del Tirano. (V. Torres de Mendoza, Colección de Documentos inéditos, tomo IV, p. 207, 240.) Igualmente Oyón y Villagrán

Pensaban de revuelta dar en Quito
Y subyectar á la ciudad de Lima,

según Castellanos, Eleg. citada. Puede verse también Piedrahita, Historia del Nuevo Reyno, libro xii, c. viii.

(2) En otro lugar se retrata don Álvaro á sí propio :

— De mi padre adusto
Seguí las huellas, de entusiasmo lleno :

Altera otras veces los nombres ó los hechos, ó introduciendo personajes fantásticos, como acontece cuando llama Fernando á Francisco de Belalcázar, (1) el hijo del Adelantado; cuando le presenta rechazando como gobernador de Popayán, las embestidas de Álvaro, sucesos en que don Francisco en realidad no intervino; y finalmente cuando ilumina la ideal pareja de los amantes Gonzalo y Pubenza.

El plan de la obra, según lo concibió primitivamente nuestro poeta, estaba bosquejado en esta forma :

Gonzalo de Oyón viene de España con los conquistadores. Después de haber ejecutado proezas en la campaña de Pasto, llega á Popayán, intercede por el cacique Pubén, que iba á ser sacrificado por los españoles, y le salva la vida. Ocorre, empero, que Fernando, hijo del Adelantado Sebastián de Belalcázar, pone atrevidos ojos en Pubenza, condena á muerte á Pubén, el Cacique, y al hijo del mismo nombre; aleja á Gonzalo con ánimo de perderle; y la infeliz Pubenza, á trueque de redimir á su padre anciano, se resigna á casarse con Fernando. Pocos años después, desterrado del Perú Álvaro de Oyón, hermano de Gonzalo, vuelve armas contra las autoridades establecidas por el Rey de las Españas; busca auxiliares entre las tribus salvajes, reúne ejército y marcha sobre Popayán. Gonzalo, que pasaba por muerto, aparece de pronto en medio del combate, y decídelo en favor de la causa real. Fernando le reconoce, y obedeciendo á una inspiración diabólica, lo declara fuera de la ley y pone á talla su cabeza. Pubenza, que no ha olvidado

La dura liza, del cañón el trueno
Fueron mi diversión y mi placer.
La guerra fué mi dios. Nunca la frente
He humillado á los pies de la belleza;
Nunca olvidé mi natural rudeza,
Por alcanzar favor de una mujer.
¡No conozco el amor!...

(1) Tal es la verdadera forma de este apellido; pero casi todos los cronistas, por capricho ó por eufonía, y por esto último nuestro poeta, escriben *Benalcázar*.

á su Gonzalo, le escribe pintándole el peligro que le amenaza, y rogándole que se ponga en cobro. Gonzalo se refugia en el seno de una tribu salvaje. Propónenle los indios que tome con ellos partido contra los españoles; él se deniega resueltamente á hacer traición á su patria; intentan matarle; huye, y hospédale el ermitaño Caleb en las montañas de Toribio. Álvaro rehace sus huestes y torna á amagar á Popayán. Otra batalla: preséntase Gonzalo de nuevo como en la primera, y lo mismo que entonces decide el conflicto en favor del pendón real. Ocúltase, esquivando que le descubran; pero en medio de la noche, Álvaro y Gonzalo se encuentran sin conocerse y riñen. Vence Gonzalo, y habiéndose reconocido los dos hermanos, alega cada cual en animada discusión las razones que le asisten para seguir adelante en el camino que lleva; Álvaro parece rendirse al fin á los argumentos de Gonzalo. Hay luego una tregua de ocho días, en que Gonzalo se ve con Pubenza en Yambitara. Sorpréndelos Fernando, se vuelve loco, sale huyendo, mata á sus tiernos hijos; á poco se aparece cual espantoso espectro á Gonzalo y á Pubenza, (1) y no se le vuelve á ver más. Diego Delgado, en ausencia de Belalcázar, ofrece perdón y olvido á los sublevados si deponen las armas. Álvaro rehusa la gracia en cuanto á él y á los más adictos á su persona. Dispersa á los indios; éstos al despedirse le ofrecen regalos de oro, que él de un puntapié echa á rodar. Amotinanse gritando « ¡Traición! » Ahorca á los principales. Concluida tregua, Álvaro con doce caballeros se arrojan sobre las armas enemigas y venden caras sus vidas...

Con tales ideas, aun no bien coordinadas, principió ARBOLEDA á bosquejar algunos cuadros y episodios que habían de repartirse en diversos cantos. Conforme iba componiendo

(1) En el fragmento que se conserva, último de los que hoy publicamos relativo á este episodio, Fernando se aparece, pero no en realidad, sino en sueños á Gonzalo.

modificaba algunas especies del proyecto original. ARBOLEDA era gran improvisador, escribía muy á la ligera, pero luego, por amor y respeto al arte, corregía una y muchas veces. En los manuscritos que se han consevado se ven enterrerenglonaduras, enmiendas y apostillas sin cuento, estrofas truncas, lugares marcados como *corrigen*da, y lo que pone el colmo á la confusión, la numeración de los cantos varia y contradictoria; unos mismo pasajes repetidos en diferentes partes, los más de los cantos inconclusos ó fragmentarios, y trozos sueltos sin referencia alguna. Mezclados se reflejan en ese MS. en singular consorcio, el esfuerzo perseverante del poeta que venciendo dificultades lleva adelante su predilecto trabajo, y la irregularidad, el desorden á que están condenados hombres y cosas en medio de las agitaciones democráticas y de la anarquía crónica en que vivimos.

Una de las variaciones que introdujo ARBOLEDA fué ésta: que don Álvaro, en vez de arrojarle á una muerte desesperada, levanta el sitio de Popayán, vencido, nuevo Coriolano, de las llorosas súplicas de una madre. Ideaba, según le dijo alguna vez á su hermano don Sergio Arboleda, que el triunfo del amor filial sería digna y hermosa coronación de la leyenda. Prepárase ya este final en aquella octava del canto I:

Sólo una alta virtud su pecho encierra,
Inextinguible como el puro fuego
Que conservaba la vestal amiga,
Y arde su llama en plácido sosiego,
Sin que del mundo injusto la enemiga
Ni el furor de ambición violento y ciego
Su luz apaguen. *A sus padres ama*
Aun más que trono, y vida, y dicha, y fama.

Y éstos son también los sentimientos que revela Álvaro en el canto XIII. Después de acalorada controversia, Gonzalo le recuerda su madre, María, y esta mágica evocación deja desarmado en aquella esgrima intelectual, al contumaz insurgente.

Otra novedad importante fué la introducción del pirata inglés Wálter, personaje mefistofélico, cómplice y consultor de don Álvaro.

Una parte de los manuscritos de ARBOLEDA se perdió en el saqueo de su casa de Caloto en 1851. Él, sin embargo, tenía para recordar sus versos una memoria tan feliz como la que cuentan que tuvo Arriaza. En 1852 hallándose exatriado en Lima, adicionó considerablemente, y con felicidad suma, algunas partes del poema. Entonces escribió, para la Introducción y el canto I, todas aquellas estrofas en que habla de su propio destierro :

Si en exilio tu bardo peregrina,
No se ha secado del amor la fuente
En su pecho filial. (1)...

ó en que alude al gobierno del general López :

Tolera y calla el pueblo americano,
Que donde impera el bárbaro tirano,
Hablar es crimen, el silencio es ley.

En 1858 reconstruyó ARBOLEDA, ordenó é hizo poner en limpio gran parte de su leyenda querida, y remitióla con la siguiente carta á su leal y adictísimo amigo don Lázaro M. Pérez.

Paris, febrero 17 de 1858.

SR. D. LÁZARO M. PÉREZ,
BOGOTÁ.

Mi querido Lázaro : Sólo por complacer á V. copio aquí algunos fragmentos de mi leyenda intitulada « Gonzalo de Oyón. »

Veinte y cuatro cantos tenía esta obra, de los cuales sólo tres estaban sin concluir, y había gastado en escribirla como

(1) Éste y otros pasajes quedaron en contradicción con el comienzo del poema, donde el poeta aparece vagando á orillas del río Cauca.

diez años, cuando me robaron los manuscritos de Caloto en el año aciago para mí de 1851. Lo que ahora copio y lo que de esta leyenda ha publicado el *Correo de Ultramar*, es tomado de algunos de los primeros borradores que habían quedado en mi casa de Popayán, y de los cuales yo no hacía caso.

Si V. publica estos miserables restos de mi malograda obra, espero que así lo diga, para que los lectores (si los hay) disimulen las muchas imperfecciones de que naturalmente adolecen.

Yo no soy ya poeta, y no puedo ni aun leer versos, mucho menos hacerlos ni corregirlos.

Soy de V., querido Lázaro, su servidor y agradecido amigo,

JULIO ARBOLEDA.

Los fragmentos á que se refiere la anterior carta son los mismos que el señor Pérez publicó en 1858, en edición que hoy sólo se halla de lance, con una brevísima advertencia preliminar en la cual no cuidó de explicar á los lectores el asunto ni el plan del poema.

Á pesar del profundo desaliento que muestra ARBOLEDA en su carta á Pérez, animóse más adelante á revisar otros cantos del « Gonzalo » y á darles mejor forma. ¡Singular destino el de aquellos manuscritos! Confiada, en 1860, á un amigo la nueva copia del « Gonzalo » para que la trasladase de París á Bogotá, cayó con todo el equipaje del conductor en manos de una partida de revolucionarios, sin que del precioso depósito haya vuelto á saberse nada hasta ahora. En el mismo año volvió ARBOLEDA á su patria á tomar parte en la defensa del gobierno legítimo, emprendiendo la gloriosa pero desgraciada campaña, que tan funesto remate tuvo con el fin trágico del héroe-poeta.

Hoy existen únicamente aquellos fragmentos primitivos que tuvo á la vista nuestro poeta en 1858. En ellos se conservan, en mal estado, además de lo que ya conoce el público, los cantos III, IV, VI (sólo el principio), XII, XIII y XXI, con otros fragmentos sueltos que llevan ya el título de Rapsodias, y ya el de Romances. Confrontando borra-

dores, resulta en esta forma, aunque no definitiva, la distribución de los veinte y cuatro cantos :

INTRODUCCIÓN.

- CANTO I. Álvaro y Wálter (Publicado).
 II. Asalto á Popayán.
 III. Batalla de Palacé (Según otro borrador, « Gonzalo Salva á Pubenza y á su hijo »).
 IV. Gonzalo fuera de la ley.
 V. Gonzalo y Hernando (Publicado).
 VI. *Cuán dulce vuelve la tranquila hora...* (Fragmento).
 VII. El Ermitaño de Toribío.
 VIII. Ocupación parcial de Popayán.
 IX. Batalla del Egido; reaparece Gonzalo.
 X. La cueva de Jambitara.
 XI. Desaparición de Belalcázar con sus hijos.
 XII. Combate singular, entre Álvaro y Gonzalo.
 XIII. Discusión entre los mismos.
 XIV. ...?
 XV. Venida de María, madre de los Oyones. Salva la ciudad.
 XVI. Último esfuerzo de Luzbel. (1)
 XVII. Álvaro dispersa sus tropas, y ahorca algunos sublevados.
 XVIII. ...?
 XIX. Muerte de Álvaro.
 XX. ...?
 XXI. Carta de Gonzalo.
 XXII. ...?
 XXIII. Muerte de Pubenza.
 XXIV. ...?

El plan del « Gonzalo, » por la inexperiencia propia de los pocos años que contaba el poeta cuando lo trazó, adolece de graves defectos, que ni el trabajo de la lima ni una refundición á medias hubieran sido parte á salvar.

(1) En este canto y en el III el poeta, siguiendo las pisadas de Milton y el Tasso, introduce á Luzbel empeñado en desbaratar la unidad de la conquista, de aquella nueva Cruzada que se encaminaba á establecer la religión de Cristo en el Nuevo Mundo.

No hay allí una acción principal á que se refieran las empresas accesorias, y que avivándose á las veces, entreteniéndose otras en agradables episodios, progrese á la continua hasta llegar á su término.

Quiso ARBOLEDA que el héroe del poema fuese Gonzalo, el caballero sin tacha, leal á la patria y á la dama; pero la historia de sus amores carece de interés y de fuerza, después del matrimonio de Pubenza con Fernando, en que por modo trágico fracasan desde el principio del poema. Desde ese punto Gonzalo no puede seguir amando á la dama de sus pensamientos sino como un seductor culpable, ó como un trovador á lo Petrarca. Y como lo primero mancharía el buen nombre de Gonzalo, el poeta trata de explicar su pasión por medio de sutilezas ingeniosas, ajenas del todo al carácter español, que exigiendo en la mujer amada más pureza que en el sol, se inclina de suyo al exclusivismo de los celos y á las venganzas sangrientas. Con ojos de sorpresa y sonrisa de incredulidad recibirá el lector estas palabras con que Gonzalo, en carta á Pubenza, apostrofa á Fernando :

Y ese de sacrilegio infame beso
 Yo respeto también; su labio toca
 Tu aborrecida boca,
 Y en ella queda, en tu defensa, impreso

Más fácilmente admitimos en corazón de mujer, formado por la naturaleza para el sacrificio, la inmolación que hace Pubenza de su dicha, sobreviviendo en lo secreto de su alma sentimientos de amor pudoroso y de gratitud profunda hacia Gonzalo. Pero poco gana el autor con esto, ni acierta á realzar de nuevo la figura de la pobre víctima que uncida, á estilo sultánico, al lecho de Fernando, se pierde y desaparece, sumida en aquella larga y deplorable servidumbre.

Á otra especie de inverosimilitud está expuesta la perfección moral de que reviste el poeta á su héroe. Si se tratase de una guerra internacional ó de independencia, el sacrificio